LORENZO DE OTERO :: LUIS M. BRANSUELA

DINERO SAGRADO

(Monólogo dramático)

SOCIEDAD de AUTORES ESPAÑOLES : Madrid

ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UNA OBRA DE CARIDAD,

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL

DE

D. P. MORENO GIL.

Representada por primera vez en el teatro del Circo, en el mes de Marzo de 1864.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

Al que se hace de miel...
Aventuras de un cesante.
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!
El tio Fidel.
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Los dos preceptores.
La mujer debe seguir al marido.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Misterios de la calle del Gato.
¡Presente, mi general!
Por un bofeton un duelo.
Receta contra los locos.
Triana la Macarena.
Un pollo que sufre mucho.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El pedestal de la estatua.
El talisman.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beppo el Aventuro.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
¡Españoles, á Marruecos!
Gabriela de Vergy.
La mejor joya, el honor.
El lago de Glenaston.
El matrimonio de conciencia
Las aves de paso.
La historia de una madre.
La princesita.
La fragata Belona.
La piedra de toque.
La teoría de la voluntad.
Loco de amor.
Los franceses en España.
La primera falta.
La flor trasplantada.
Luz en la sombra.
Marco Spada.
Mártir siempre, nunca reo.
Mi suegra y yo.
Pecados del siglo XIX.
Un dia en el gran mundo
Ví y vencí.

ZARZUELAS (1).

EN UN ACTO.

Atala y Chactas, L. y M.
Cada loco con su tema, L. y M.
Casado y soltero, L.
El amor y el almuerzo, L.
El Grumete, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El Sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, M.
La cruz de los Humeros, M.
La zarzuela (mitad), L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (segunda parte de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Pablito, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un estreno (monólogo), L.
Un ayo para el niño, M.

EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.
De incógnito, L. y M.
El postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L.
La cola del diablo, L.
Marina, M.
Llamada y tropa, M.
¡Quien manda, manda! M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.

(1) De las obras que van marcadas con las inicialos L. ó M., pertenece sólo á esta Administracion la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

UNA OBRA DE CARIDAD.

E147

UNA OBRA DE CARIDAD,

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL

DE

D. P. MORENO GIL.

Representada por primera vez en el teatro del Circo, en el mes de Marzo de 1864.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
CALLE DEL OSO, NÚM. 21.

1864.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/unaobradecaridad00more

AL SEÑOR

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO,

EN TESTIMONIO DE VERDADERA AMISTAD,

MORENO GIL.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.	D.ª Josefa Hijosa.
ISABEL.	Concepcion Alba.
BARON DE CAMPO-VERDE. .	D. José Miguel.
DON CASIMIRO.	Juan Beneti.
CARLOS.	Ramón Mariscal.
ANTONIO.	Enrique Martinez.

La accion en Alicante y en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados esclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 7 de Diciembre de 1863.

El Censor de teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

ACTO UNICO.

Gabinete elegantemente amueblado: dos puertas al foro; la de la derecha conduce al exterior; la de la izquierda al jardin. A la derecha dos puertas laterales. A la izquierda otra puerta en primer término, y balcon en segundo.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL aparece poniéndose el velo frente al espejo, que estará encima de la consola. D. CASIMIRO en la puerta de la derecha, dirigiéndose hácia el interior. Despues ANTONIO por el foro derecha.

CASIM. ¡Que esté todo preparado! ¡Cuidado con que falte nada! (Fijándose en Isabel.) ¡Ah!... ¿Estás ya, Isabel?

ISABEL. Sí, papá.

CASIM. Pues vamos cuando quieras: el tren debe llegar de un momento á otro, y no debemos hacer esperar á nuestra querida Luisita. No creí que al fin se decidiria á pasar con nosotros una temporada; pero nuestros ruegos han podido más que todos los inconvenientes que pudiera tener.

ISABEL. ¡Muchos deseos tenia de darla un abrazo! ¡Ya vé usted! ¡Más de dos años sin vernos!

CASIM. Es verdad. ¡Y como tiene un carácter tan simpático!... ¡Nunca olvidaré los dos meses que pasamos en Madrid, cuando estuvimos en su casa! ¡De todo

sacaba partido!.. ¡Oh, no es posible que á su lado pueda estar nadie triste!

ISABEL. (Retirándose del espejo.) Cuando usted quiera, papá.

CASIM. (Cogiendo el sombrero y el baston.) Sí, sí: no perdamos tiempo; que aunque los trenes suelen llegar una hora después de lo marcado, más vale que esperemos nosotros que no ella.

ISABEL. (Buscando la sombrilla.) ¿Dónde la he puesto?

CASIM. ¿Qué buscas?

ISABEL. ¡Mi sombrilla!

CASIM. (Cogiéndola de una silla.) Si está aquí.

ANT. (Saliendo por el foro.) Señor...

CASIM. ¿Qué quieres?

ANT. El tren acaba de llegar, y como me ha dicho usted que avisara cuando le viera á lo léjos...

CASIM. Bien, bien; vamos, hija mia. (Volviéndose hácia Antonio.) ¡Ah!... Si viene el señor Baron, dile que tenga la bondad de esperar un momento, que pronto damos la vuelta.

ANT. Está bien.

CASIM. No nos detengamos, Isabel; por el jardin llegaremos ántes. (Vanse por el foro izquierda.)

ESCENA II.

ANTONIO.

¡El Baron!... ¡Siempre con ese nombre en la boca!... ¡Pobre señorita!... ¡Quererla casar con un viejo achacoso y lleno de alifafes!... ¿Y todo por qué?... ¡Por ese pícaro título que trae vuelto loco al amo!... ¿Qué falta le hará á la señorita llamarse Baronesa para que todo el mundo la quiera y la respete!... ¡Mejor tomaria yo los millones del amo, que todas las baronías habidas y por haber!...

ESCENA III.

ANTONIO, y CARLOS por el foro derecha.

CARLOS. (Desde la puerta.) Antonio... Antonio.
ANT. ¡Ah!... Buenos dias, señorito Cárlos.
CARLOS. (Entrando con recelo.) ¿Ha salido don Casimiro?
ANT. Ahora mismo va con la señorita Isabel á esperar á una amiga... que viene á pasar una temporada con nosotros.
CARLOS. ¿Y quién es?
ANT. La señorita Luisa; una jóven muy buena y de mucho talento, segun dice el amo á todas horas.
CARLOS. (Recordando.) ¡Ah! Sí, sí; la he visto varias veces en Madrid. (Acercándose á Antonio.) Díme, ¿no ha venido aun mi tio?
ANT. No señor; y lo extraño mucho, porque ya sabe usted que ahora no sabe salir de aquí.
CARLOS. (Suspirando.) Ya lo sé.
ANT. ¡Parece que dice usted eso con alguna inquietud!
CARLOS. ¡Ay, Antonio; cómo quieres que lo diga! Hay sobrinos... que no debian tener nunca tios.
ANT. Es cierto; pero... es todo un señor Baron, y usted, como su único heredero, tendrá el dia de mañana un título, y... en fin, ¿qué más puede desear un hombre que ser... Baron?
CARLOS. ¿Y qué me importan á mí todos los títulos si pierdo mi felicidad?
ANT. Tambien es verdad, señorito; pero al cabo... la víctima no es usted.
CARLOS. ¡Cómo que no!...
ANT. Le parece á usted que la señorita...
CARLOS. Calla, y suprime comentarios.
ANT. Dispense usted que me haya permitido hablar así.
CARLOS. No, Antonio, no; demasiado conozco que á todo el mundo, ménos á don Casimiro, le parecerá ridícula por lo ménos esa boda. Yo respeto á mi tio, pero

tambien conozco que á su edad y en el delicado estado de su salud, es una locura el intentar tan sólo casarse con una jóven.

ANT. Tiene usted razon; así pierden los hombres... su autonomía.

CARLOS. (Con ironía.) ¿Dónde has aprendido un lenguaje tan filosófico?

ANT. ¡Ya ve usted!... ¡Como leo ya todos los dias los periódicos, va uno ilustrándose poco á poco! ¡Oh, pues si yo alguna vez llegara á ser diputado!...

CARLOS. ¿Tú?

ANT. ¿Y por qué no?... En teniendo veinte conocidos que se interesen por uno...

CARLOS. Tienes razon.

ANT. (Dirigiéndose al balcon.) Me parece que oigo ruido en el patio.

CARLOS. (Acercándose.) Sí; en efecto.

ANT. Es la señorita Isabel con la huéspeda, sin duda: pronto han dado la vuelta; ¡si apénas han tenido tiempo de llegar á la estacion!

CARLOS. La habrán encontrado en el camino.

ANT. Eso debe ser, porque el tren hace ya rato que llegó.

CARLOS. (Mirando por el balcon.) ¡Tambien viene don Casimiro! (Retirándose.) Oye, Antonio; te advierto que no quiero que sepan que he estado aquí.

ANT. Entónces salga usted por ahí. (Señalando el foro derecha.)

CARLOS. Si te pregunta la señorita Isabel...

ANT. Ya estoy; la diré... ¿qué quiere usted que la diga?

CARLOS. Nada, Antonio; adios. (Vase por el foro derecha.)

ANT. Prometo á usted que no olvidaré una palabra de su encargo.

ESCENA IV.

LUISA, ISABEL, D. CASIMIRO por el foro izquierda. Varios criados atraviesan por la puerta con el equipaje. Antonio se retira con ellos.

ISABEL. (Saliendo.) ¡Qué felicidad, querida Luisa! ¡No podria explicarte la satisfaccion que tengo de verte á mi lado!

LUISA. ¡Mi buena Isabel!

CASIM. ¡Gracias á Dios que vemos realizados nuestros deseos! ¡Desde que volvimos de Madrid no ha pasado un solo dia sin acordarnos de los buenos ratos que nos proporcionó usted en aquella Babel!... ¡Cuando á mí, que soy tan enemigo del ruido, me iba ya gustando la corte!... Y todo, ¿por qué?... Porque á su lado de usted no puede haber nada que sea desagradable.

LUISA. Señor don Casimiro, ¡va usted á hacer que me salgan los colores, si continúa usted con esas alabanzas!

CASIM. Puedo asegurar á usted que nunca digo lo que no siento.

LUISA. Entónces... con mucho más motivo, debo apreciar en todo su valor una amistad tan verdadera.

CASIM. Sí, señora; ¡nuestra satisfaccion es inmensa!... (Con marcada intencion.) Mucho más ahora que llega en una ocasion... muy oportuna. Dentro de algunos dias será usted quizá testigo de un acontecimiento extraordinario.

LUISA. Lo celebro mucho; y sólo deseo saber si yo podria complacer á ustedes en alguna cosa.

CASIM. Aun es un secreto... si es que secretos puede haber para usted entre nosotros.

LUISA. ¡Hola!... ¡Un secreto!... (Notando la turbacion de Isabel.) ¡Ah!... ¡Ya!

CASIM. Pero usted querrá descansar; tomar alguna cosa... ¿Quiere usted que pasemos al comedor?

LUISA. Gracias, don Casimiro; hemos almorzado bien en Almansa y no quisiera que por mí alterasen ustedes sus costumbres.

CASIM. ¡Nada de eso!... Usted puede disponer aquí como en su propia casa.

LUISA. Lo haré con toda franqueza.

CASIM. En ese caso dejo á usted con Isabel en plena libertad.

ISABEL. Sí, papá; yo la enseñaré su gabinete y me constituiré en su doncella de tocador.

LUISA. ¡Ya vé usted!... ¿Cómo es posible que no acepte tan cariñoso ofrecimiento?

CASIM. Pues entónces... hasta luégo.

LUISA. Hasta luégo. (Vase D. Casimiro por el foro derecha.)

ESCENA V.

LUISA, ISABEL.

LUISA. ¿Con que nada ménos que un acontecimiento... extraordinario?

ISABEL. ¡Ay, Luisa... soy la mujer más desgraciada de la tierra!

LUISA. ¿Tú, Isabel?

ISABEL. Te extraña, ¿no es verdad?

LUISA. No comprendo que pueda ser infeliz una jóven que, como tú, tiene un padre tan bueno y cariñoso, y que ademas de sus gracias personales es la única heredera de un inmenso patrimonio.

ISABEL. Pues á pesar de todo...

LUISA. Tu corazon te dice lo contrario, ¿no es eso? Vamos, confíame tus secretos, que á mi cargo queda el arreglar tus asuntos.

ISABEL. Sí, Luisa; puedo jurarte que sólo en tí veo mi ángel de salvacion. Pero es el caso que el peligro está cerca... y urge mucho el verme libre de él.

LUISA. Esas cosas siempre corren mucha prisa. Veamos, pues, ¿qué es ello?

ISABEL. Ya sabes que mi papá hace ya muchos años que tiene íntima amistad... (Suspirando tristemente.) con el Baron de Campo-Verde.

LUISA. Lo sé, aunque no tengo el gusto de conocer... á tu prometido: ¿me he equivocado?

ISABEL. No, por desgracia.

LUISA. Adelante con el Baron.

ISABEL. No intento rebajar en lo más mínimo las buenas cualidades que pueda tener... pero... ya ves, Luisa, un hombre de cincuenta años... que gasta lentes y...

LUISA. Basta; conozco el tipo: en Madrid abundan mucho por desgracia esos séres: por ese solo rasgo que has in-

dicado vengo ya en conocimiento de quién es el favorecido. Si gastase anteojos podria ser admisible; pero con lentes... y á esa edad, es género averiado que no puede pasar por nuestras aduanas. Tu papá no ha filosofado lo bastante sobre este punto, y es preciso que le hagamos notar la diferencia que existe entre esos dos instrumentos ópticos.

ISABEL. Y... como tú comprendes... mi cariño...

LUISA. ¡No será muy platónico!... Eso es natural.

ISABEL. No es precisamente eso, sino que yo...

LUISA. ¡Ah!... vamos; la plaza estará ya tomada, y el victorioso campeon... de fijo, ni tendrá cincuenta años, ni gastará lentes; ¿no es verdad?

ISABEL. Nunca te abandona tu buen humor; sin embargo, el asunto es más serio de lo que tú crees.

LUISA. Ya me figuro que el interes jugará en esto una gran parte.

ISABEL. No lo creas; ¡si el Baron está casi arruinado!

LUISA. Es decir...

ISABEL. ¡Que mi papá quiere que me llamen Baronesa!

LUISA. ¡Ya! ¡Y el Baron desea que le llamen... hombre de peso! Me parece bien; pero eso tampoco está vigente en nuestro código. Así, pues, será juzgado con todo rigor, y se le desterrará en caso necesario.

ISABEL. ¿Qué piensas hacer?

LUISA. No lo sé; pero nosotras contamos siempre con armas muy poderosas, y la victoria es casi siempre segura.

ISABEL. Dudo que ahora lo consigamos: está mi papá tan empeñado en ello, que, á pesar de tu ingenio, creo que al fin tendré que hacer el papel de víctima.

LUISA. Bien, bien; ¡ya veremos cómo se porta... tu abogado! Pero ántes es preciso que contestes con toda precision á lo que voy á preguntarte. ¿Cuánto tiempo hace que el Baron pretende tu mano?

ISABEL. Un año, poco más ó ménos.

LUISA. ¿Se muestra muy apasionado contigo?

ISABEL. Sí; pero eso creo que es efecto de su carácter.

LUISA. ¿Qué... le gusta aún galantear á las jóvenes?

ISABEL. Todo su prurito es pasar por el tipo de la amabilidad y del buen gusto.

LUISA. Veo que la raza de esos séres no degenera en ningun pais. ¿Es elegante?

ISABEL. Exageradamente.

LUISA. ¿Cuál es el tema favorito de su conversacion?

ISABEL. Los trajes, las diversiones de la córte...

LUISA. Etcétera... ¿Es feo?

ISABEL. ¡Ay, sí! ¡Muy feo!

LUISA. Pero... ¿se pinta?

ISABEL. Me parece que sí.

LUISA. No digas más; conozco ya á fondo al señor Baron de Campo-Verde. Vamos á otra cosa. ¿Quién es el otro?

ISABEL. ¿Quién?

LUISA. ¡El otro!

ISABEL. No te comprendo.

LUISA. ¡Isabel!...

ISABEL. ¡Ah, sí! Es Cárlos, el sobrino del Baron: aquel jóven que fué á visitarte varias veces, en nuestro nombre, cuando estuvo hace tres meses en Madrid.

LUISA. Ya recuerdo. ¡Bien, muy bien, Isabel!... ¡Cárlos está dentro de nuestro código... y merece mi aprobacion!

ISABEL. (Levantándose.) ¡Ah!

LUISA. ¿Qué?

ISABEL. Creo haber oido la voz del Baron. (Observando desde la puerta del foro.) En efecto, aquí viene con papá. ¡Ay, Luisa, sácame por Dios de este fatal compromiso!

LUISA. Ten confianza en mí.

ESCENA VI.

DICHOS, el BARON, D. CASIMIRO y CARLOS por el foro derecha.

CASIM. Luisita: tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo el señor Baron de Campo-Verde.

BARON. (Mirándola con los lentes.) Y yo de ofrecerme á sus piés como su más rendido admirador. (¡Es bonita!)

CARLOS. Señorita...

LUISA. ¡Cárlos! ¡Cuánto celebro volver á ver á usted!

BARON. Por lo visto, tú has tenido la dicha de conocer á esta señorita ántes que yo.

CARLOS. Sí, tio; cuando fuí á Madrid me proporcionó don Casimiro esa satisfaccion.

CASIM. Es verdad.

LUISA. Sin embargo; yo creo, Baron, que nosotros hemos debido conocernos ántes.

BARON. (Fijándose mucho en Luisa.) Usted cree, señorita... ¡Oh! Perdone usted que haya podido olvidar...

LUISA. No es extraño: en la corte nos conocemos todos, y no es fácil que podamos fijarnos tan detenidamente.

BARON. No obstante; usted recuerda una cosa que yo no debia haber olvidado nunca... ¡Reconozco que mi falta es imperdonable!

LUISA. ¿Por qué, Baron? Su título de usted...

BARON. ¡Nunca puede competir con la belleza de una jóven como usted!

CASIM. (Señor Baron...)

BARON. ¡Ah... sí!... (¡Cáspita! ¡Olvidaba que estaba aquí Isabel!)

LUISA. (A Isabel.) (No temas: mi plan está ya trazado; triunfaremos; vámonos al gabinete; deseo ponerte al corriente de todo.)

ISABEL. (A Luisa.) Cuando quieras pasaremos á tu habitacion.

LUISA. Si ustedes me permiten...

CASIM. ¡Pues no faltaba más!...

LUISA. Las incomodidades de un viaje...

BARON. Siempre ocasionan algun trastorno en los artísticos pliegues de un bonito traje.

LUISA. Es cierto. (¡Pues es más necio de lo que yo creí!)

BARON. Isabelita.

ISABEL. Señor Baron.

BARON. Suplico á usted que no nos priven mucho tiempo de su amable compañía.

LUISA. Hasta luégo, Cárlos. (Dentro de un cuarto de hora en el jardin.)

CARLOS. (¡Eh!)

BARON. (A Luisa.) Celebro la ocasion...
LUISA. Adios, amigo mio.
BARON. (Acompañándolas hasta la puerta.) (¡Oh!... ¡Muy simpática!... ¡Muy simpática!)
(Vanse Luisa é Isabel por la izquierda.)

ESCENA VII.

EL BARON, D. CASIMIRO, CARLOS.

CASIM. ¿Quiere usted hacerse cargo de los documentos consabidos?
BARON. Con mucho gusto.
CASIM. Pues si á usted le parece, pasaremos á mi despacho.
BARON. Oye, Cárlos; vé á casa de mi procurador y dile que dentro de una hora le espero en mi gabinete.
CARLOS. Bien, tio; pero creo escusado ir ahora.
BARON. ¿Por qué?
CARLOS. Porque esta mañana le encontré muy cargado con sus redes, y presumo que no volverá hasta la noche.
BARON. ¡Un procurador que se va á pesca!... No puede negarse que la aficion á pescar es una necesidad para algunas personas.
CARLOS. Si usted quiere que le deje recado...
BARON. No estará demas; dí á su respetable señora que en cuanto vuelva tenga la bondad de decirle que le espero en casa.
CARLOS. Está muy bien.
BARON. Señor don Casimiro, estoy á las órdenes de usted.
CASIM. Pues vamos.
BARON. Vamos. (Mirando á la puerta del gabinete de Luisa.) (¡Es muy simpática... muy simpática esa jóven!) (Vanse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

CARLOS.

(Pensativo.) ¡Dentro de un cuarto de hora en el jardin!... ¿Qué quiere decir esto? ¡Una cita!... ¡Oh, no puede ser!... ¡Una jóven que apénas conozco!... ¡Por mucho descaro que tenga no es posible que su atrevimiento llegue á tanto!... ¡A no ser que Isabel la haya confiado nuestro cariño!... En fin, acudiré á la cita, y sin hacer traicion á mi corazon, sabré despues á qué atenerme. Mi tio saldrá en seguida y no es conveniente que me encuentre aquí. Vamos al jardin y ello dirá. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA IX.

ISABEL y LUISA por la izquierda.

ISABEL. (Despues de ver que no hay nadie.) ¡Luisa, Luisa; ya se han marchado!... Dispénsame que en los primeros momentos de tu llegada abuse de este modo de tu amistad.

LUISA. Nada de eso, Isabel: tiempo tendré despues de mudar de traje: lo primero es lo primero.

ISABEL. ¡Qué buena eres!

LUISA. ¿Estás bien enterada del plan?

ISABEL. Perfectamente; y confieso con alegría que tengo ya muchas esperanzas. (Mirando hácia la puerta de la derecha.) ¡Ah... ya vuelve el Baron!

LUISA. Pues déjame sola.

ISABEL. ¡Ay, Luisa; Dios te preste por un momento su inspiracion! (Vase corriendo por la izquierda.)

LUISA. Pongamos en juego todas nuestras armas.

ESCENA X.

LUISA, EL BARON.

BARON. (Isabel acaba de entrar en su gabinete y la deja sola... me parece bien.)

LUISA. ¡Ah... señor Baron: tan pronto de vuelta!...

BARON. No; he entrado en el despacho de mi amigo á recoger unos papeles, y como usted vé... he tenido al salir la inexplicable dicha de encontrarme con usted.

LUISA. Es usted muy galante, amigo mio.

BARON. ¡Quién no lo seria... al lado de usted!

LUISA. Gracias. (Breve pausa.) ¿Hace mucho que falta usted de Madrid, Baron?

BARON. Muy cerca de dos años: mis negocios han detenido mi estancia en ésta todo ese tiempo, bien á pesar mio.

LUISA. ¿A pesar suyo?

BARON. Sí, amiga mia: reconozco que mi centro es la corte, y por más que hago, no puedo vivir léjos de ella.

LUISA. Lo comprendo perfectamente. ¿Y piensa usted volver pronto por allí?

BARON. Tan pronto como deje arreglados todos mis asuntos.

LUISA. Entónces... tendré el placer de contar á usted entre el número de mis amigos.

BARON. ¡Y de sus admiradores!

LUISA. No tanto, Baron; y sin embargo, confieso que nuestro carácter tiene muchos puntos de contacto.

BARON. Puedo jurar á usted que mi mayor placer seria haber simpatizado con usted.

LUISA. ¡Y por qué no, Baron!... Repito que su carácter... su amabilidad...

BARON. ¡Seria posible!... (¡Oh, simpática... muy simpática!)

LUISA. ¿Cree usted que hago mal en ser tan franca?

BARON. (Sentándose á su lado.) Nada de eso; al contrario... Luisita; Luisita, ¿eh?

LUISA. Sí.

BARON. ¡Bonito nombre!

LUISA. ¿Le gusta á usted?

BARON. ¡Mucho... mucho!

LUISA. Lo celebro. (Breve pausa.)

BARON. Y usted... ¿va á favorecernos mucho tiempo con su amable compañía?

LUISA. Algunos dias: los precisos únicamente para tomar algunos baños y comprometer á don Casimiro para que permita á Isabel que me acompañe un par de meses.

BARON. ¿A Isabel?

LUISA. Sí, Baron; tengo en ello un gran empeño, á pesar que reconozco que mi querida amiga se encuentra en la corte fuera de su centro: acostumbrada á la vida tranquila y sosegada de Alicante, el bullicio de Madrid la incomoda, las reuniones se le hacen insoportables; en fin, como ella misma dice, no comprende la felicidad entre ese brillo deslumbrador que llamamos buen tono.

BARON. Es verdad; en cambio usted...

LUISA. Mi carácter se presta más á eso; ademas, la costumbre...

BARON. ¡Oh, sí!... Sin disputa; usted debe brillar allí... como en todas partes.

LUISA. Baron...

BARON. Me afirmo en ello. (Breve pausa.)

LUISA. Si viera usted qué brillante estuvo el baile último que dió la Duquesa de Miralva.

BARON. ¿Sí?

LUISA. Confieso á usted ingenuamente que aquella noche todo respiraba placer.

BARON. ¡Oh, lo comprendo!...

LUISA. Es preciso convenir que nosotros no podemos ya vivir en otra atmósfera.

BARON. (¡Encantadora jóven!)

LUISA. No ignoro que esa clase de diversiones arrastra tras sí una fortuna; pero seamos francos, Baron, ¿para qué servirian todas nuestras riquezas si no supiésemos disfrutar de ellas?

BARON. (¡Oh!... ¡Nuestras riquezas!... ¡Esta jóven es seductora!)

LUISA. No es decir por eso que me guste derrochar un patrimonio, al contrario; siempre he procurado evitar lo superfluo, pero nunca lo necesario.

BARON. Con que usted crée que Isabel...

LUISA. Seria muy desgraciada; ademas, yo me precio de tener buena vista, y creo que su felicidad, el objeto que anima su corazon no está muy léjos de nosotros.

BARON. (Con petulancia.) Sí, ¿eh?

LUISA. Es una sospecha sin fundamento alguno, pero... creo que no me engaño.

BARON. Usted cree...

LUISA. Sí; al entrar ustedes noté cierta turbacion en su rostro, al fijarse...

BARON. ¡Oh!...

LUISA. En su sobrino Carlos.

BARON. (Asustado.) ¿Qué?

LUISA. Ya digo á usted que no es más que una suposicion. ¿Quiere usted, Baron, que nos asociemos en secreto para descubrir lo que haya de verdad en este asunto?

BARON. Pero... ¡si no es posible!...

LUISA. ¿Y por qué no? Son jóvenes; su carácter modesto y sencillo puede muy bien haber despertado ese sentimiento en su alma. ¿No hemos simpatizado nosótros, Baron? ¿Y por qué? Porque nuestro carácter, nuestra educacion, todo, en fin, se asimila tanto, que lo extraño seria que sucediese lo contrario. ¡Oh! sí; lo confieso; ¿por qué negar que su presencia de usted ha sido para mí... muy agradable?

BARON. ¿De veras?

LUISA. ¿Usted no cree en las simpatías?

BARON. Ahora más que nunca.

LUISA. Con que Baron, ¿acepta usted mi propuesta?

BARON. Es mi sobrino y...

LUISA. Por eso justamente: ¿qué más dicha para los dos que hacerlos felices si se aman? (Dirigiéndole una expresiva mirada.) Ese seria un nuevo lazo que estrecharia más... nuestra amistad.

BARON. Un lazo...

LUISA. ¡Quién lo duda!

BARON. Y seria yo tan feliz...

LUISA. ¡Baron!...

BARON. (¡Oh... no hay duda, me ama!)

LUISA. ¿Duda usted aun en asociarse á mi proyecto?

BARON. Todo lo contrario; acepto y... pero es el caso, Luisita...

LUISA. (Con viveza.) Nada de vacilaciones; sondee usted á su sobrino, yo hablaré á Isabel y... hasta luégo, Baron, hasta luégo.

BARON. Crea usted que sólo mi cariño...

LUISA. Adios; tal vez me detenga aquí más tiempo del que creia.

BARON. Seria tan dichoso...

LUISA. Adios, Baron, adios. (Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA XI.

EL BARON.

¡Oh mujer celestial!... No, no hay duda... Ella misma ha confesado que mi presencia... y luégo mi título... ¿Qué más puedo desear? Es rica, inmensamente rica... Sí, sí; mi sobrino debe amar á Isabel... es muy natural... y no es justo que su tio sacrifique de ese modo su felicidad... ¿Pero es posible que tan pronto?... ¡Oh!... La mujer es una chispa volcánica que abrasa cuanto toca. (Dirigiéndose al balcon.) ¿Qué veo?... Sí; no me engaño: es mi sobrino Cárlos apoyado en la reja. . ¡Canastos... si está hablando con Isabel!... (Llamándole.) ¡Cárlos, Cárlos!—Ya me ha oido: ¡oh!... ¡Isabel cierra precipitadamente la reja! No hay duda. (Levantando la voz.) Cárlos, sube en seguida.—Bien, bien; luégo irás. (Retirándose del balcon.) ¡Bonito papel estaba representando!... Tenia razon Luisita; la educacion influye notablemente en el carácter, y de la conformidad de éste nacen las simpatías. ¡Sin embargo, burlarse así de mis prendas personales!... ¡Oh!... ¡Ya verá el tunantuelo!... ¿Y qué me importa á mí

todo eso si he tenido la dicha de encontrar una jóven?... Ademas, mi sobrino puede servirme de mucho en esta ocasion para librarme del compromiso que tenia con Isabel...

ESCENA XII.

El Baron, Carlos por el foro izquierda, con mucha timidez.

Carlos. (Entrando.) ¿Me llamaba usted, tio?
Baron. ¿Qué hacia usted en el jardin á estas horas?
Carlos. ¿En el jardin?
Baron. Sí, señor.
Carlos. Estaba... estaba tomando el sol.
Baron. ¡Tomando el sol en el mes de Julio!...
Carlos. No, no; he querido decir...
Baron. Acérquese usted.
Carlos. ¿Quiere usted que vaya á ver si el procurador?...
Baron. Lo que usted ha de procurar es contestarme con toda verdad á lo que voy á preguntarle. (Breve pausa.) ¿Qué conversacion tan animada es la que tenia usted ahora con Isabel?
Carlos. Con...
Baron. Sí, con Isabel.
Carlos. Hablábamos... de...
Baron. ¿De qué?
Carlos. De... de un lagarto que la asustó el otro dia y...
Baron. ¿Sí, eh?... ¿Y hace mucho tiempo que habla usted de lagartos con esa señorita?
Carlos. ¿Mucho tiempo?
Baron. ¿Se le figura á usted que soy reloj de repeticion?
Carlos. Es que no habia comprendido la pregunta.
Baron. Lo que yo no comprendo es que falte usted á su tio de la manera que lo está haciendo.
Carlos. ¡Yo!...
Baron. Y por lo visto, no siendo bastante eso, se habia usted sin duda propuesto perder á esa jóven...

CARLOS. ¡Perderla!... no señor; puedo jurar á usted que en todo he pensado ménos en eso.

BARON. Bien, bien; conteste usted solamente á mis preguntas, y nada de comentarios. ¿Cuánto tiempo hace que habla usted con Isabel?

CARLOS. (Con naturalidad.) Desde el primer dia que empecé á tratarla.

BARON. ¡No digo eso!

CARLOS. ¿No?

BARON. Le pregunto á usted que cuánto tiempo hace que está usted enamorado de esa jóven.

CARLOS. ¡Yo!...

BARON. Sí, señor, usted. ¿Pues qué, habia creido que eso podria escaparse á mi natural sagacidad?

CARLOS. Como yo creí que no lo llegaria usted á saber nunca...

BARON. ¡Caballerito... ha pensado usted, por ventura, que su tio tiene tragaderas de elefante!

CARLOS. No he querido decir...

BARON. ¡Pues me gusta!...

CARLOS. Dispense usted si por mi torpeza le he puesto á usted en ese estado.

BARON. No señor; felizmente todavía no me ha puesto usted en ninguno.

CARLOS. Yo creí...

BARON. ¡Silencio!... Repito á usted por tercera vez que cuánto tiempo hace que ama usted á Isabel.

CARLOS. Unos... cuatro años, poco más ó ménos.

BARON. ¡La fecha es corta!... ¿Y ella le corresponde á usted?

CARLOS. No sé si...

BARON. ¿No lo sabe usted todavía?... ¡Pues ya ha tenido usted tiempo de averiguarlo!

CARLOS. A mí me parece que sí.

BARON. ¿Le parece á usted nada más, eh? Bien, bien; vaya usted á casa y avíseme si va el procurador; pero ántes le advierto... que cuidado con dar un solo paso sin mi permiso. (Breve pausa. Cárlos permanece inmóvil.) ¿No me ha oido usted?

CARLOS. Sí, señor.

BARON. ¿Pues qué espera?

CARLOS. ¡Como dice usted que ántes no dé ni un solo paso sin su permiso!...

BARON. (Amenazándole.) ¡Tunante!

(Vase Cárlos corriendo por el foro derecha.)

ESCENA XIII.

EL BARON, despues LUISA por la izquierda.

BARON. Con que es decir que los dos se entendian mientras yo... ¡Oh... esa jóven ha caido aquí como llovida del cielo!...

LUISA. (Saliendo.) Y bien, amigo mio, ¿me habia engañado?

BARON. ¡Usted no puede engañarse nunca!

LUISA. ¿Con que era cierto que se amaban?

BARON. Así acaba de confesármelo mi sobrino Cárlos.

LUISA. Entónces...

BARON. Nada tenemos que añadir: protegeremos esos castos amores, y daremos entrada en nuestra alma...

LUISA. A uno de los más bellos sentimientos del corazon.

BARON. Precisamente; nuestras simpatías han dado un paso gigantesco, cuyo límite es la felicidad.

LUISA. Sí, Baron; nuestras almas se han comprendido.

BARON. ¡Oh!... permítame usted que colme de bendiciones el venturoso dia...

LUISA. Que hemos tenido la dicha de conocernos, para...

BARON. ¡Para que nuestras almas se comprendan!... como acaba usted de decir.

LUISA. Ciertamente.

BARON. ¡Oh... juro á usted, Luisita, que hoy me considero el sér más dichoso de la tierra!

LUISA. Su corazon de usted, amigo mio, abriga sentimientos... muy nobles.

BARON. ¡Sí, Luisita; mi corazon respira juventud... y felicidad!

LUISA. ¡Mucho me envanece la idea de haber sido yo causa de ese sentimiento!

BARON. ¡Ah!... ¡Soy feliz, muy feliz! ¡No puedo decir más!

LUISA. ¡Y quién no siente la felicidad en momentos tan críticos!

BARON. Es decir que usted...

LUISA. Tambien soy feliz al compartir con usted esa alegría que nos encamina al bien.

BARON. ¡Sí; al bien supremo! ¡Al placer que más embriaga en la vida!

LUISA. Segun eso está usted dispuesto...

BARON. A todo.

LUISA. ¿Hablará usted á don Casimiro?

BARON. En este mismo momento le haré las convenientes reflexiones y le pediré para mi sobrino la mano de Isabel.

LUISA. Gracias, Baron; no esperaba yo ménos de usted. (Mirando hácia la puerta de la derecha.) Don Casimiro se acerca: no pierda usted la ocasion.

BARON. ¡Seria perder un porvenir de eterna bienaventuranza! ¿Nos veremos pronto?

LUISA. Sí; me interesa bastante este asunto, y soy mujer al fin. (Vase por la izquierda.)

BARON. ¡No, no; un ángel que me guia por el camino de la embriagadora dicha que respira mi corazon!

ESCENA XIV.

EL BARON, D. CASIMIRO por la derecha.

CASIM. ¡Todavía aquí, amigo mio!

BARON. Las imprevistas circunstancias que nos rodean me han obligado á permanecer más tiempo en este sitio.

CASIM. No comprendo á usted.

BARON. Amigo mio, el hombre propone... y Dios dispone; y si á esto agrega usted que el diablo anda siempre suelto...

CASIM. ¡Si usted no se explica más claro!...

BARON. Es el caso que ahora... hace un momento, he descubierto una atroz conspiracion.

CASIM. ¿Una conspiracion?

BARON. Si señor, sí; una conspiracion contra mi cabeza.

CASIM. ¡Señor Baron!

BARON. No se asuste usted; eso se ve todos los dias.

CASIM. ¡Pero aquí!... ¡En mi propia casa!... ¡Usted se chancea!

BARON. Como que el jefe principal, que es mi sobrino Cárlos, acaba de decírmelo.

CASIM. ¡Cárlos en una conspiracion!

BARON. Sí tal; y su hija de usted tambien.

CASIM. ¡Isabel!... ¡Señor Baron, usted está malo!... ¡Pues ni que estuviéramos en tiempo de elecciones para levantar esos muertos!

BARON. Usted sabe, don Casimiro, el verdadero afecto que yo he profesado siempre á ustedes, y comprenderá mejor que nadie lo sensible que me es dar este paso.

CASIM. ¡Pero qué paso ni qué!... ¡Hombre, hable usted en castellano!

BARON. ¡Pues bien, Isabel y Cárlos se aman!

CASIM. ¡Señor mio!

BARON. Es la pura verdad; y como Cárlos es mi sobrino único, yo...

CASIM. ¿Pero en qué se funda usted?

BARON. ¡No he dicho á usted que él mismo me lo ha confesado!

CASIM. Sí, pero Isabel...

BARON. Isabel le ama y nada tiene de particular.

CASIM. Señor Baron; esa sangre fria con que usted lo asegura, indica por lo ménos...

BARON. Todo menos una evasiva; es cierto que entre nosotros median algunos compromisos...

CASIM. Muy formales.

BARON. Ciertamente; y no trato de esquivarlos: todo lo contrario. Yo amaba á Isabel, ¡qué digo!... ¡la amo más que nunca! pero no puedo ménos de conocer que ni mi carácter, ni...

CASIM. Es verdad, pero...

BARON. Por lo tanto, aunque yo mismo clave un puñal en mi corazon...

CASIM. Yo estoy seguro que Isabel...

BARON. ¿Cree usted, amigo mio, que sin una completa evidencia hablaria á usted de este modo?

CASIM. Sin embargo; es preciso que yo mismo aclare esto, y lo aclararé.

BARON. Eso está muy en su lugar, pero ántes debo decir á usted dos palabras.

CASIM. Ya escucho.

BARON. No creo que nadie haya puesto en duda mi verdadero cariño hácia Isabelita; no obstante, Cárlos, como he indicado á usted, es mi sobrino único, y por lo tanto heredero universal de mi título y de mis bienes. Ya sabe usted que siempre le he considerado como á un hijo, y aunque el amor que profesa á Isabel no sea para mí muy satisfactorio, no dejo de conocer por eso que habiendo nacido hace cuatro años, es decir, mucho ántes que el que yo he sentido por sus bellas cualidades, no encierra tanta culpabilidad.

CASIM. Con que segun eso...

BARON. La mayor prueba que yo puedo dar en esta ocasion de mi verdadero afecto hácia Isabel, es desear su felicidad aun á costa de la mia; por cuya razon pido á usted para mi sobrino Cárlos la mano de su hija.

CASIM. Señor Baron; usted me permitirá que yo me entere de todo por ella misma.

BARON. Es muy justo.

CASIM. Sin embargo, no puedo ménos de admirar en usted ese rasgo de generosidad sin ejemplo.

BARON. Sin ejemplo; ¡esa es la palabra! Hoy el egoismo es el rey del mundo, pero bueno es que la sociedad tenga tipos donde estudiar.

CASIM. (Mirando hácia la puerta de la izquierda.) Aquí me parece que viene con su amiga.

BARON. (¡Cuando Luisita sepa mi proceder!... ¡He dado un golpe de efecto!)

ESCENA XV.

DICHOS, LUISA é ISABEL por la izquierda.

ISABEL. (¡Estoy temblando!)
LUISA. (¡Valor, que el campo es nuestro!)
CASIM. Acércate, Isabel.
ISABEL. ¿Qué quiere usted, papá?
CASIM. Quiero que delante del señor Baron confieses con entera verdad, lo que acabo de saber.
ISABEL. ¿Y qué acaba usted de saber?
CASIM. Que hace cuatro años... que Carlos y tú...
ISABEL. Sí, papá; yo entónces no conocia al señor Baron y...
LUISA. Nada tiene de particular, don Casimiro; los afectos del corazon nacen por sí solos, y como entónces no conocia á este caballero...
CASIM. Y si yo te mandara que cumplieses lo que me tienes ofrecido...
ISABEL. Obedeceria á usted, papá.
LUISA. Demasiado sabe usted, como todos nosotros, que no dudaria un momento en seguir sus mandatos; de la misma manera que conocemos que un padre tan bueno y cariñoso como usted, un padre que sólo sueña en el bien de su hija no podria nunca sofocar dentro de su pecho los bellos sentimientos de su corazon!... ¡Oh!... ¡Sé bien que no me engaño! Una hija querida, cuando se trata de la felicidad de toda su vida, busca anhelante los brazos de una madre tierna y cariñosa...
CASIM. ¡Oh!
LUISA. Y cuando ese abrazo maternal no puede rodear su cuello, ¡cómo su padre ha de negarla el único consuelo que le queda!
CASIM. (Abrazándola.) ¡Isabel!
LUISA. ¡Padre mio!
BARON. (¡Oh... qué talento!)
ISABEL. (Abrazándola.) ¡Luisa!...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CARLOS por el foro derecha.

CARLOS. (Desde la puerta.) Tio...
ISABEL. (¡Ah!)
CARLOS. (Entrando con recelo.) Venia á decir á usted que ya ha vuelto de pesca el procurador.
BARON. Lo celebro infinito.
LUISA. Llega usted en buena ocasion.
CARLOS. ¿Sí?
BARON. Confiesa al señor don Casimiro lo que hace un momento me has dicho aquí mismo.
CARLOS. ¡Yo!...
BARON. Sí, señor; usted.
CARLOS. Pues bien... Isabel y yo... pero si lo sabe usted ya...
CASIM. Sí, Cárlos; y en vista del gran empeño que, con noble desinteres, ha mostrado en ello su tio, concedo á usted la mano de mi hija.
CARLOS. ¡Oh... gracias! (Volviéndose hácia el Baron.) Querido tio...
BARON. ¡Ya ves cómo yo me porto!...
(D. Casimiro, Isabel y Cárlos hablan aparte: el Baron pasa muy satisfecho al lado de Luisa.)
Y bien, amiga mia...
LUISA. Baron, el paso que acaba usted de dar le enaltece más aun á mis ojos.
BARON. Gracias.
LUISA. Sí, amigo mio; nunca olvidaré que usted ha sido la causa principal de la felicidad de mi querida Isabel.
BARON. ¡Felicidad que estrechará tambien nuestras almas con un dulce lazo!
LUISA. ¡Quien lo duda!
BARON. Luisita, á qué cansarnos más con inútiles rodeos: nuestras almas se han comprendido y sólo resta que este puro cariño que ha nacido en nuestro pecho encuentre el término feliz que los dos deseamos.
LUISA. ¡Baron!...

BARON. Sí, Luisita; nuestro amor correspondido me escusa en cierto modo que yo solicite...

LUISA. ¿Mi amistad?

BARON. ¡Mucho más!... ¡Su mano de usted!

LUISA. ¡Já, já, já!...

CASIM. ¿Qué es eso?

BARON. (¡Eh!)

LUISA. Nada, nada. (¡Es gracioso, Baron; muy gracioso!...)

BARON. (¡No comprendo!...)

CARLOS. ¡Algun chiste de mi tio!...

LUISA. ¡Es lo más oportuno!...

BARON. (¡Luisita!...)

LUISA. (Pero Baron...)

BARON. (¿Qué?)

LUISA. (¡Si soy casada!)

BARON. (¡Usted!)

LUISA. (¡Já, já, já!... ¡Ha sido una ocurrencia peregrina!)

CASIM. (Al Baron). Amigo mio; nunca olvidaré la generosa accion que labrará, sin duda, la felicidad de mi hija.

CARLOS. (Pasando al otro lado.) Y yo, querido tio, no borraré jamas con la mancha de la ingratitud su noble proceder.

BARON. Bien, bien.

ISABEL. Si el cariño más puro puede recompensar algun tanto su accion, cuente usted siempre con el mio.

BARON. Gracias. (Separándose de los tres y dirigiéndose á Luisa.) (¡Esto es infame!...)

LUISA. (Tendiéndole la mano.) (Baron...)

BARON. (¿Qué?)

LUISA. (Siento mucho que un grave error... Pero si una amistad franca y verdadera puede recompensar algun tanto esa equivocacion, no dude usted un momento en la que yo le ofrezco.)

BARON. (Ya que no pueda poseer su corazon... Bonito papel he estado haciendo!)

CASIM. (Al Baron.) Con que amigo mio: los chicos se aman y es preciso que Luisita sea tambien testigo de la dicha que les espera. (Cárlos heredará su título... y...)

LUISA. Más aun; si ustedes no tienen inconveniente yo seré la madrina.

CASIM. Con mucho gusto.
ISABEL. ¡Querida Luisa!
CARLOS. Señorita...
CASIM. Bien, muy bien; y el señor Baron, que tanto ha contribuido á ello...
LUISA. ¡Oh... no cabe duda!... El señor Baron será el padrino; ¿no es cierto, amigo mio?
BARON. Si á usted le parece que yo debo...
CASIM. (Al Baron.) ¡Oh... gracias, gracias, Baron; será un dia completo!
BARON. ¡Muy completo!... (Dirigiéndose á Luisa.)
(¡Con que casada!...
LUISA. Casada.
BARON. ¡Con que usted tiene un marido!
LUISA. Sí señor.
BARON. ¡Pero eso ha sido
inicuo!
LUISA. ¿Por qué?
BARON. Por nada.)
ISABEL. (A Luisa.)
(Toda mi felicidad
te debo...
LUISA. ¡Si era un deber!...
¡Quién, que pueda, no ha de hacer
(Mirando al Baron.)
UNA OBRA DE CARIDAD!)

Azon Vizconti, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorra, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L.
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La cacería real, M.
La Estrella de Madrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Margarita, L.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. y M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un viaje al rededor de mi suegro, L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V. Rvn. 16.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías), 12.
Ecos del alma (Id.), 8.
Veladas poéticas (Id.), 6.
El beso de Júdas (novela), 6.
La niña expósita (Id.), 8.
Hist. de una venganza (Id.), 8.
Una vírg. y un dement. (Id.) 8
Los Maldonados (Id.), 8.
Catecismo de la Doctr. cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4.
Etica elemental, 12.
Reló aritmético, 10.

3 0112 117482833

VENTA EN M

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJ

CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 3.

EN PROVINCIAS:

Albacete	Cánovas.
Alcoy	Payá é hijo.
Andújar	Brunet.
Algeciras	Joarizti.
Alicante	Lloret.
Almería	Alvarez.
Aranjuez	Santistéban.
Avila	Gomez.
Bailen	Moreno Sellés.
Badajoz	Coronado.
Baeza	Segura.
Barcelona	Mayol.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cabra	Castilla.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y Compañia.
Ceuta	Bosqui.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon	Perales.
Ciudad-Real	Acozta.
Coruña	Lago.
Cartagena	Muñoz.
Calatayud	Hidalgo y Ucelay.
Chiclana	Cañizares.
Écija	Isla.
Ferrol	Tajonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Uriarte.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo
Huesca	Guillen.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez Aranda.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Casals.
Lugo	Viuda de Pujol y H.º
Lorca	Gomez.
Logroño	Brieba.
Loja	Cano.
Málaga	Laá.
Manila	Olona y Comp.
Mataró	Clavel.
Martos	Armillas.
Murcia	Herds. de Andrion.
Motril	Ballesteros.
Mahon	Vinent.
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez.
Oviedo	Martinez.
Osuna	Ariza.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios y Barrena.
Pontevedra	Buceta y Solla.
Puerto de Santa María	A. Rafozo.
Puerto Rico (Mayagües)	Mestre y Tomás.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Oña.
San Fernando	Molinelo.
Santa Cruz de Tenerife	Savoié.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
Soria	Perez Rioja.
Segovia	Revilla.
San Sebastian	Garralda.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Salamanca	Huebra.
Segorbe	Mengort.
San Ildefonso	Alderete.
Tarragona	Font.
Toro	Tejedor.
Toledo	Hernandez.
Teruel	Baquedano.
Tudela	Izalzu.
Talavera	Castro (Sanchez.)
Tarazona	Veraton.
Valencia	García.
Valladolid	Hijos de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Vitoria	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú	Creus.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Viuda de Heredia.